XIX Micro relatos

A Tristan

Image not found.

Capítulo 1

XIV

Micro ficciones

Aquella

Era una mujer tan espléndida, que se me abrieron las fosas nasales.

Arrebato rapsoda

El chico tenía absortos los ojos en el libro, era una publicación infantil, de esas que cuando se abre una página, saltan a la vista sus personajes plegables. Su abuelo, un viejo septuagenario, le miraba con atención, entonces da un salto y se aproxima al niño, esgrimiendo en alto un dedo índice.

—El conocimiento es poder, mejor que lo sepas de una vez…, y como todo poder, corres el riesgo de ser corrompido por el mismo. Porque el conocimiento podría convertirte en un arrogante, un arrogante que mira por el rabillo del ojo a los menesterosos de ilustración ¡no te atrevas algún día a menospreciar a los más miserables o a su oscuridad mental!, date cuenta que otros hombres han signado sus destinos en beneficio propio. No termines por hacer parte del panteón de egregios intelectuales de nuestros círculos. Convertidos en dioses de papel, son la falsa ilusión de nuestros tiempos, deambulan entre nosotros, pavoneándose como los falsos ídolos que son, mirando por encima del tufillo del mundo, considerándonos a los demás, simples vacas de un potrero cósmico.

A la sazón, el pequeño le miraba con los ojos desorbitados, su abuelo, quien tenía la mirada embebida, hablaba con fonación grave y de su cuello rubicundo asomaban sus venas que se tensaban peligrosamente.

—…Nada más jactancioso y baladí, porque nuestros pasos son tan mundanos y fugaces como los del pordiosero que escarba las hediondas basuras y, con su carga al hombro, pasa por nuestras calles, atisba, queriendo elucidar qué es aquel resplandor fatuo tras los cristales de nuestras moradas, deambulando en esos carnavales de medianoche, ante nuestras indolentes y beodas miradas.

El anciano culminó con su perorata, el cuello altivo, observando por encima de su angulosa nariz. El pequeño como una piedra, con los ojos

húmedos, dejaba caer el libro de sus manos, rompía a llorar.

Un ligero malentendido

Inmediatamente le habían aprehendido y juzgado por tener aquél libro, porque Ernesto Cardenal, en la portada de dicha obra, aparecía retratado en una foto con tonalidades claro oscuras con una boina calada que le asemejaba mucho a su tocayo. Los oficiales de la institucionalidad no comprendieron cuando él les dijo que aquel era un libro del eximio poeta y sacerdote, porque la palabra poesía no existía ya en sus glosarios y ya no había ni rastro de su significado en la memoria de sus años de escolares.

Otro más

Esperaron hasta que él hablara. Abrieron sus corazones, como arcones dispuestos a atesorar sapiencia insospechada, el rumor corrió de boca a oreja, creció como la espuma del agua que se despeña.

Pero se enteraron que no había allí nada. Sólo palabras vacías.

Inevitable

En el ábside, una figura negra planeaba en dirección hacia un hombre que aguardaba en la parada del autobús. Alzó la vista y se quedó observando, venía en dirección opuesta, siguiendo una trayectoria perfecta, y justo en ese instante, el avechucho libera su porquería. Al percatarse de lo que sucede, el hombre da unos pasos hacia un lado. Pero el viento, caprichoso como el destino, cambia la trayectoria y el sujeto queda embadurnado. Un parroquiano que pasa le mira compasivo y le dice:

—No puedes escapar de la mierda cuando te viene encima ¿eh?

Ya viene

Una gota de agua que se estrellaba eternamente, era todo cuanto él podía oír. En ocasiones, un viento aullaba, entraba imponente, aprovechando cualquier oquedad, inspeccionando cada tramo del lugar. Regentaban tres tiranos: silencio, soledad y oscuridad. Aunque claro, había algo más, el ruido más aterrador en su existencia, y estaba llegándole en ese preciso instante.

—Allí viene… ¡Oh Dios!… Allí viene.

Las suelas resonantes se hacían eco en todo el lugar, retumbaban en cada ladrillo gris enmohecido, era tan perceptible que incluso él podía escuchar el crujido de las cucarachas desprevenidas que cedían bajo sus enormes

botas.

El hombre se puso recto, hasta donde se lo permitió lo opresión de sus grilletes. Los pasos se oyeron muy cerca, se detuvieron tras la puerta, luego de un sordo clamor, la vara fue descorrida. La puerta abierta, dejó pasar la luz del corredor. Era timorata y débil, y él, apenas podía vislumbrar las botas negras y los pantalones verde oliva de aquel sujeto. Tragó saliva.

Juguemos

Dos manos se encuentran por equivocación, se estudian, se alejan. Se acercan nuevamente. La calidez ajena es demasiado tentadora, se trenzan sus dedos, juguetean sus yemas, bulle la delicia, aflora la reconfortante caricia anónima. El semáforo señala su realidad, las manos se separan apresuradamente.

Retribución

El bardo llegó corriendo hasta ellos.

— ¡Llevadme, dadme de comer, dadme un lugar donde reposar mi cabeza!

Los soldados detuvieron su marcha, le miraron su aspecto desastrado, su boca desdentada, los dedos horriblemente delgados sosteniendo su laúd apañado.

— ¡La leva ha sido cumplida, no necesitamos más brazos famélicos!

— ¡¡Necios!! Os he dado poesía, os he dado canto para vuestras estúpidas juergas… He dibujado en vuestros rostros grises inestimables sonrisas, ahora, dadme de comer, dadme albergue, dadme…

El hombre no completó su oración, se abalanzaron sobre él y recibió formidable paliza. Le dejaron machacado e inmóvil a la vereda del camino, y continuaron su marcha. Dos pajarillos se deslizaron por encima, alegres trinaban y giraban en planeos rápidos y atrevidos. Se posaron en la copa de un árbol de ramas desnudas que había dejado un lecho de hojas muertas a su sombra. El bardo se puso en pie, se enjugó el hilo de sangre que manaba de su boca. Se acercó al árbol, rasgó con sus sarmentosos dedos las cuerdas del viejo laúd, el dulce acorde resonó en la campiña, cortejó el jolgorio de las avecillas.

XIV

XIV aves cruzan el firmamento,

XIV flores rutilan en un ramillete al mediodía,

XIV peces se han extraviado del banco,

XIV almas deciden su destino.

Vacuo

¡No, claro que no, no se lo compraré! ¿Para qué lo necesita? Tiene dos ordenadores de última generación: una laptop y uno de mesa. También tiene un móvil inteligente (testimonio de la genialidad de Jobs), una tv plana de 40”, imagínate, tiene una cosa llamada tabla, sí, esa misma cosa, una Tablet…, y claro, un reproductor de música tan pequeño como la palma de su mano, al que le tomará toda su vida atiborrarlo de pistas. ¡Pero no, no le compraré eso! que le pida a Santa un libro de comics y un par de babuchas, si así lo quiere, pero ¿para qué quiere eso?

Allá

El hombre de pasos errantes y cabellera larga, tan libre como el viento que la cepilla, iba y venía. Estudiaba con sus ojos desvaídos el horizonte y el mar que se funde en una línea cristalina, con los incendiarios rayos de la tarde derramándose sobre las aguas quietas. Da una larga mirada, tan profusa es, que su alma parece verterse por sus cuencas, encontrándose su etérea forma con el lecho de diamantes bajo sus pies. Se acerca al pretil, hinca sus botas sobre los balaustres, gana la estrecha barra metálica, fluctuando como un poco acreditado gimnasta, da la espalda al mundo bullicioso y se deja caer. El mar lo recibe con estruendo, se agitan sus crestas como brazos generosos pero letales, el mar se lleva su cuerpo hecho trizas, sepulta sus penas en sus profundidades colosales, desliza sus sueños en sábanas ondulantes, se los lleva, para trasegarlos a un horizonte iridiscente.

Camino

El grupo de niños, chillaba jubiloso con cada arremetida, la viscosa figura se retorcía, acometía el dolor sin saber por qué, giraba una y otra vez, se sacudía mudamente.

—Es tu turno, ¡pínchala! —exigió uno de los chiquillos aproximándole el agudo alfiler.

El aludido, un muchachito de cara tiznada y overol sobre una camisa a rayas, apartó de un manotazo el instrumento de tortura. Los pequeños clavaron sus miradas en sus pupilas cetrinas, consternados, esperaron a que el líder del grupo le propinara un empellón, acaso un buen puntapié. Y

en esas, el pequeño del overol, cual si fuera elevado a un estado de gracia, abrió su boca:

—No he hecho este largo viaje, sobrevivido en el vientre de mi madre, indefenso y frágil, para venir a lastimar… amar es mi respuesta a vuestro cruel divertimento.

Los chicos intercambiaron miradas, rieron al unísono. El más grande le empujó contra el suelo.

—Bien, puedes quedarte con tu novia.

Se alejaron riendo con más estrepito, de vez en cuando, volviendo sus rostros airados para recriminarle.

Entornando los ojos

Conozco a un hombre, es un alma sedienta de sabiduría y amor, su superficie es ríspida e impenetrable, pero en los abismos de su ser, se pueden encontrar jardines de sueños y poesía, porque es un alma que busca la Libertad, esa que da la Vida, la luz del día y el pestañeo de las estrellas, pero que también espera con respeto, la libertad del último día.

No

La endeble figura paseaba su nerviosa mirada entre los asistentes al espectáculo, las personas allí presentes, trasuntaban en sus rostros la emoción del momento.

—Alguna última palabra —dijo el Juez con dejo de indolencia.

El acusado tragó saliva, quería romper la soga que ataba sus manos, echar a correr y postrarse ante ese rey desconocido, y clamar por misericordia. Pasó nuevamente saliva, se decidió.

«Psst… psstt.»

Un hombre muy cerca le bisbisó, se volvió y le vio: hace sólo unos segundos, el inanimado tajo había testimoniado como se revolvía para no perder su mano. Un muñón sanguinolento era castigo incontrovertible a su crimen.

—Amigo, amigo… callad por favor, tened misericordia de mí, observad que si les atizas, tal vez se decidan a cortarme la cabeza.

El hombre hizo caso omiso de las suplicas de aquel otro desventurado.

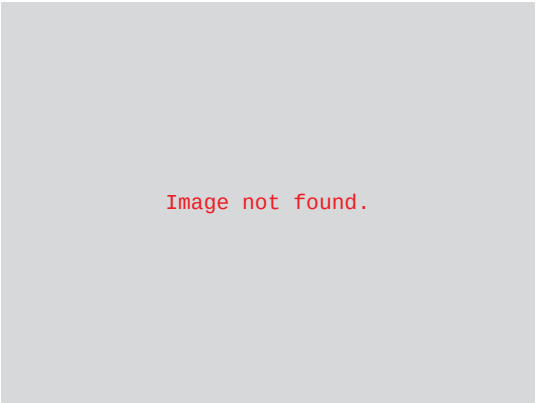
—Humillo la cerviz si he cometido un crimen que no comprendo… yo que soy extranjero, desconozco vuestros Códigos. He bebido, sí, lo acepto, he bebido de ese estanque, apurado por la sed y la Muerte que me husmeaba los talones… pido clemencia entonces, mi único delito es ser un advenedizo ignaro en vuestros dominios.

—Imposible —afirmó el Juez —. Habéis bebido del agua del Rey, la prohibición era muy clara, saltaba a la vista.

— ¡Pero soy iletrado…! —bramó. Miró en su derredor, amparándose en esos rostros furiosos y extraños—. En estos tiempos, todos lo somos.

—No habrá piedad —sentenció glacial el Juez.

Las palabras perentorias le hicieron palidecer, había gastado sus últimos alientos inútilmente. El Juez realizó un ademán cansado. el hombre fue llevado al tajo, no se revolvió, no gritó. En sus pupilas brillaba una triste luz. El verdugo levantó su ancha hoja, su destelló encegueció a la multitud, el Rey, justo cuando iba a dar un bostezo, se rebulló en su sillón, observó con genuino interés.



Registro de propiedad intelectual en: Safe Creative /Oficina de Derecho de Autor (Colombia)